

SILLY Y WILLY

Por *Roberta Sharley*

EL SR. GREEN se sentó en el asiento del gran buldozer que rugía estrepitosamente mientras recogía en montones los troncos cubiertos de nieve. De repente el Sr. Green notó que la reja del buldozer levantaba un objeto pequeño y negro.

"¿Qué será eso?" se preguntó, deteniendo la pesada máquina. Luego saltó al suelo para indagar de qué se trataba. "¡Mira!" exclamó agachándose luego para levantar un cachorrito de oso. En eso oyó un gemido extraño que provenía de un lugar cercano. Mirando a su alrededor, descubrió que provenía de otro cachorrito como el que tenía en la mano. Los oseznos eran tan pequeños que todavía no habían abierto los ojos. Y no tenían pelo.

"La osa debe haberse asustado con el ruido del buldozer y habrá huido", pensó el Sr. Green levantando el segundo cachorrito. Hacía mucho frío, de modo que abrigó a los dos cachorritos, metiéndolos debajo de su chaqueta.

Al regresar al campamento del aserradero encontró allí al Sr. Jonkel, uno de los colonos del lugar, muy versado en osos.

El Sr. Jonkel ofreció llevar a su casa a los dos cachorritos para cuidarlos.

Cuando el Sr. Jonkel llegó a su casa trayendo los dos oseznos, su hijo Santiaguito lo recibió con grandes demostraciones de júbilo. Observó luego a su padre cuando colocó a los dos ositos en la balanza y los pesó. Cada uno pesaba un poquito más de medio kilo.

-¿Qué edad tienen? -quiso saber Santiaguito.

- ¡Oh! Son muy chiquitos -respondió el papá-. Cuando nacen, los ositos no tienen pelo, son ciegos y carecen de dientes. Durante los primeros cuarenta días quedan con la madre en la guarida y no hacen otra cosa sino comer y dormir. Al fin de ese tiempo ya pesan unos dos kilos y comienzan a salir de la cueva. De modo que estos ositos no pueden tener más que días.

-¿Cómo les daremos de comer? -quiso saber Santiaguito.

-Aquí traigo dos mamaderas con leche caliente -anunció la madre que venía de la cocina.

Santiago observó cómo sus padres alimentaban a los cachorritos. Al principio les resultó difícil que los ositos tomaran el biberón, pero luego les costó conseguir que los soltaran.

-Llamémoslos Silly y Willy -sugirió Santiago cuando el papá los puso en una caja donde colocó una frazada suave para mantenerlos calientes.

Pero los cachorros gimieron hasta que el papá trajo una bolsa de agua caliente y la colocó entre los dos. Entonces Silly y Willy dejaron de llorar y se durmieron.

Santiago se pasaba los días jugando con sus ositos los cuales crecían a ojos vistas. También les creció el pelo y finalmente abrieron los ojos. Era muy divertido observarlos cuando procuraban caminar. A veces se tropezaban con su propia barriguita y caían de espaldas. Otras veces sus inseguras patitas no lograban sostenerlos y caían de bruces.

Un día cuando sus patas parecían bastante fuertes, el papá de Santiago les enseñó a trepar a un árbol.

A Silly le costó bastante, porque tenía miedo, pero su hermano se divertía mucho trepando al árbol.

A los ositos les gustaban algunas cosas que también les gustan a los chicos. Les encantaba que los alzaran en brazos, que los mecieran y que los acariciaran. Pero Santiago descubrió que a los ositos les gustaba además que les rascaran las orejas.

Los dos ositos eran muy curiosos y a Silly le gustaba ver qué había debajo de una hoja seca. Y Willy un día quiso saber qué era lo que había al pie de un paredón de concreto. Para ello se trepó al paredón y no tardó en descubrirlo, porque se inclinó tanto para verlo, que perdió el equilibrio y fue a parar al suelo cubierto de césped, al pie del paredón.

A veces los ositos jugaban con el carrito de Santiago. Les gustaba subirse al carrito y luego dejarse caer al suelo. A veces uno lo llevaba al otro. ¡Cómo se divertían jugando con el carrito! Otra cosa que les encantaba era la mecedora de Santiago. Willy solía sentarse primero en la silla. Luego se daba vuelta



para mirar a Silly y le daba un gran beso osuno, bien húmedo. Mientras que Willy se mecía, Silly se quedaba junto a la silla, esperando su turno. Santiago se divertía mucho jugando con sus ositos, pero un día mientras jugaban, Willy le dio un mordiscón en el brazo.

-¡Av! ¡Tienes dientes muy afilados! -lo reprochó Santiago.

Es que a medida que se hacían más grandes se iban poniendo más groseros para jugar. A veces se paraban de manos contra Santiago y lo derribaban al suelo. Afortunadamente el papá de Santiago les había cortado las uñas para que no lo lastimaran.

-Santiago -le dijo un día el papá-. tendremos que llevar a Silly y a Willy a un lugar donde se encargan de cuidar animales, porque se están volviendo muy rudos. No se dan cuenta de lo que hacen. Los llevaremos al zoológico. Allí estarán felices.

Cuando los llevaron al zoológico, el encargado de los animales los puso en una jaula. Al verlos encerrados, Santiago lloró, pero los osos parecían sentirse muy felices. Se paraban de manos y pronto aprendieron a pedir manías a los niños que iban a verlos.

Santiago también visitaba a menudo el zoológico para ver a Silty y a Willy. Por fin llegaron a ser osos grandes, pero Santiago siempre recordaba los dos cachorritos pelados, desdentados y ciegos que su papá había llevado un día a la casa y que él había ayudado a cuidar.